

## EL BRAZALETE.

—  
—  
—  
—  
—

Era el caer de la tarde de un día del mes de Mayo. Hacía un calor sofocante, semejante apenas a la atmósfera, como si fuese un líquido tibio. Parecía Varadero a aquellas horas: una sucesión del purgatorio, y sus semejanzas que de las casas, del suelo y de los cuerpos humanos se brotaban volutas de humo cuando se metía en ignición. Estábamos en una hermosa silenziosa y paca, sin repasa, disipación ni propi-





## I

**Q**ONSERVO tan vivo y fresco el recuerdo de la escena, que me parece estarla viendo ahora mismo, á pesar de los largos años que de ella me separan.

Era el caer de la tarde de un día del mes de Mayo. Hacía un calor sofocante; sentíase espesa la atmósfera, como si fuese un líquido tibio. Parecía Veraacruz á aquellas horas una sucursal del púrgatorio, y me asombraba que de las casas, del suelo y de los cuerpos humanos no brotasen columnas de humo, como de un mundo en ignición. Estábamos en una hornaza silenciosa y paca, siu rojece, chisporroteos ni crepi-



taciones; pero candente y dolorosa como la parrilla de San Lorenzo.

En cambio, el panorama del puerto era magnífico. La puesta del sol, reflejada sobre una agua dormida, que hacían estremecer apenas los cálidos soplos de la brisa, era espléndida. El inmenso espejo del mar reproducía en su ilimitada extensión los colores, tonos y matices del cielo, la luz difusa de la atmósfera y la imagen de las nubes, que en largas fajas horizontales de un blanco mate, rayaban el confín con líneas paralelas; y era una fiesta de luz y de colores la que ostentaba en su bruñida superficie: mezcla de azul, oro, escarlata, rosa y ámbar, fundidos en vívidos reflejos de riente claridad.

Rita y yo estábamos al balcón de la posada, de codos sobre la barandilla, en tanto que su anciana tía hacía calceta dentro del cuarto, y contemplábamos el cuadro con admiración, procurando aspirar un poco de aire fresco. Dominados por el estupor doloroso que nos producía el pensamiento de nuestra próxima separación, no hacíamos más que suspirar en silencio y mirarnos con ojos enternecidos.

A lo lejos destacábase la masa gris amarillenta del castillo de Ulúa, como roca insignificante y estéril, y más cerca y al abrigo de su mole, mecíase levemente, anclado al pie del islote, el vapor que debía zarpar á la mañana siguiente, arrebatándome á la mujer que tanto adoraba. Saña me inspiraba el barco, como odiado enemigo, y hubiera deseado no verle; pero, fascinado, tornaba á él los ojos de cualquier punto del espacio por donde anduviesen errantes.

Al volver á Méjico, después de ausencia dilatada, fui compañero de viaje de la Habana á Veracruz de aquella encantadora cubana, que, al lado de una buena anciana de su familia, venía á la Capital de la República á cumplir piadosos deberes sobre la tumba de una persona amada, que dormía el sueño eterno en suelo mejicano.

Las dos damas y yo, después del desembarque en la Heroica, continuamos el viaje hasta Méjico, donde las perdí de vista algunos días, sin duda los que ellas consagraron á desempeñar el melancólico objeto de su viaje. Cuando volví á verlas, estaban ya, como quien dice, con el pie en el estri



bo para regresar á la Habana, y yo, que las seguía como si fuese su sombra, desanduve también el camino andado, y torné con ellas á Veracruz en el mismo tren, y me alojé con ellas en el mismo hotel, para aprovechar cuanto me fuese dable la dulce compañía de Rita, que tan pronto iba á faltarme; á pesar de que mi tardanza era cruel, porque la desquiciada salud de mi buena madre reclamaba urgentemente mi presencia, en la lejana ciudad asiento de mi familia.

Durante aquel tiempo fué cuando se encendió en mi corazón la llama de una inmensa ternura hacia la hermosa extranjera.

Tenía mi amada, más que tipo español, tipo gitano. Era morena, con ese moreno ardiente que hace pensar que quien le ostenta vive siempre exaltado y con los sentidos en constante tensión, impresión que contribuían á acentuar la negrura de sus grandes y relampagueantes ojos de largas pestañas, el ébano lustroso de su pelo y el pronunciado carmín de sus carnosos labios, que se movían graciosos sobre una dentadura fina, apretada y de incomparable blancura. El resto de su cuerpo y persona

formaba simetría con esos rasgos característicos, por la morbidez del talle, por la gracia del andar, por la suavidad y finura de la mano y por el timbre apasionado del acento y de la risa.

Pero, contrastando con tan plácidos donaires, notábase en el continente y en las acciones de Rita cierto tinte de tristeza, una sombra indefinible que formaba el claroscuro de su hermosura. Llevaba casi siempre trajes negros ú oscuros, recatábase el rostro con velos tupidos, y, huyendo de la sociedad y trato de los demás, andaba á la continua apartada del bullicio, deseosa de que nadie la viese ni la hablase.

Tan notable contradicción entre su tipo y su conducta, habían despertado en mi espíritu un interés más y más vivo hacia la joven, pues por naturaleza he sido inclinado á las cosas veladas y misteriosas.

Mis finezas para Rita y su tía durante la travesía marítima, y mi constancia en acompañarlas por donde quiera, á pesar de la resistencia que me oponían, y aun de los desvíos de que no pocas veces me hicieron objeto, fueron minando poco á poco la indiferencia de la encantadora cubana, hasta



que, ya en Méjico, logré obtener de ella una dulce correspondencia.

Muy pronto quedó nuestro plan claramente concertado. Rita volvería á la Habana, y yo me separaría de ella nada más que el tiempo necesario para velar por mi madre y echar un vistazo á mis negocios abandonados durante mi ausencia. Una vez recobrada la salud de aquélla y puestos en orden los segundos, me marcharía para Cuba, donde se realizaría nuestra unión.

## II

Mas, á pesar de que nuestra separación iba á ser corta, estábamos muy pesarosos los dos aquella tarde inolvidable.

—Mañana á estas horas, la dije, estarás muy lejos de mí.

—Sí, repuso, y muy triste porque no te veré.

—No tanto como yo, repliqué, porque te llevas toda la alegría de mi corazón y toda la luz de mis ojos.

—¿De veras? prosiguió con tono infantil  
¿Me extrañarás mucho?

—Mucho, repuse de un modo indecible.

—Yo no haré más que llorar hasta que vuelva á estar á tu lado.

—Mira, la dije, allí está el buque que ha de llevarte lejos de mí: le tengo odio.

Maldito, repuso ella, se me figura un monstruo que va á conducirme á la desgracia.

Iban cayendo las sombras poco á poco; amortiguábase la brillantez de la atmósfera, y las olas del golfo, que comenzaban á rizarse blandamente, teñíanse á lo lejos de un color blanco indeciso, y más cerca, de un gris acerado, que tendía á plomizo y se iba cerrando instante por instante. Sentíase difundida por todas partes la melancolía del *Angelus*, que es una adiós á la luz, á la vida, á la alegría, y un gemido de queja y desolación elevado en los umbrales de la noche. El espíritu de la tristeza nos envolvía por todas partes haciendo palidecer el mundo que nos rodeaba, soplando en nuestras frentes ideas desconso-ladas y oprimiendo nuestro corazón con indecible congoja.

Rita y yo enmudecimos breves instantes anegados en el mar de melancolía que nos



rodeaba; pero nuestros ojos continuaron el diálogo.

— Rita, murmuré al fin apoderándome de su diestra, prométeme ser fiel y quererme tanto como lo anhelo.

— Fiel hasta la muerte, repuso estrechando mi mano con nerviosa efusión.

— Quisiera, continué, que ahora que te vas, me dejases prendas tuyas que me acompañasen y me hicieran menos amarga la ausencia; dulces prendas que me diesen tal fuerza de evocación de tu persona, que me pareciese tenerte siempre delante, que fuesen como parte de tí misma.

— Te he dado flores, rizados de mi pelo, anillos, relicarios, retratos...

— Es verdad, repuse, pero no es bastante.

— ¡Qué más quieres, Enrique? Dímelo y te lo daré.

Callé breve instante meditando sobre mi elección, y no hallaba qué otra cosa pedirle, pues me veía en posesión de todas las que en casos análogos suelen reclamarse y concederse los enamorados. Mas noté con la punta de los dedos que estrechaban la mano de Rita, el duro contacto de su bra-

zalete, de aquel brazaletes de que ella nunca se apartaba, y me orienté. Ancha, gruesa y pesada, aquella joya tenía la forma de las esposas que sujetan los brazos del cautivo: la misma pesadez, la misma rudeza. Solamente lo precioso del metal y el pulimento de la superficie debilitaban la semejanza, que, por lo demás, era perfecta. Y lo singular era que la cubana llevase siempre aquel adorno, de día y de noche, en visita ó en paseo, adaptándole á todo género de trajes y ocasiones. Varias veces había preguntado á Rita por qué tenía tanto apego á aquel brazaletes, y me había contestado con cierto embarazo, que era prenda de familia.

Tales antecedentes y circunstancias me sirvieron como de luz para encontrar lo que deseaba. Supuesto que Rita no se apartaba un punto de esa alhaja, era porque la tenía en mucho, y por el hecho de traerla siempre consigo, estaba impregnada de su persona. Venía, pues, como de molde á mi propósito.

— El brazaletes, articulé con vehemencia, dame el brazaletes.

— ¡El brazaletes! repuso ella turbada.



—Sí, la dije, dámelo.

—¿Por qué le quieres?

—Porque nunca se aparta de tí, porque te acompaña siempre.

—No; esc no... otra cosa....

—No; ha de ser esa.

—¿Por qué ese afán? Puedo darte algo mejor.

—No hay nada mejor que él.

—Te daré todo mi pelo. Varias veces has elogiado su abundancia y negrura. Córtame la cabellera por tu propia mano y guárdala; es parte de mí misma.

—No, Rita, ha de ser lo que dije.

—Imposible, Enrique.

—¿Por qué? vamos á ver, exclamé con exaltación. ¿Por qué es imposible?

Vaciló un instante y sentí que se estrechaba la mano que la estrechaba

—Es una fatalidad, prosiguió, que hayas tenido esa idea. ¿Para qué la tuviste?

—No es sino una fortuna, repuse aguijoneado por celos vagos é instintivos. Ahora voy á conocerte. Tanto peor si eres doble y falsa.

—No me ofendas. ¿Te he dado motivo para ello?

—Me estás desgarrando el alma con terrible sospecha.

—¡Infeliz de mí! ¡Y no poder complacerte!

—¿Aunque me muera de celos?

Rita sollozó por toda respuesta.

—¿Aunque crea que no me amas, continué, que eres traidora y fementida, y que el amor que me has jurado no ha sido más que una comedia?

—Te quiero con todo el corazón; Dios es testigo.

—Si es así, dame el brazaletes.

—No puedo, Enrique.

—¿Conque no?

—No.

—En tal caso, continué con vehemencia ¿para qué me engañas? Guardas misterios para mí. No sé quiéu eres, ni cual sea tu pasado....

—¡Enrique! ¡Enrique!

—Y necesito conocerle....

—No dudes de mi amor, te lo pido de rodillas!

—Dudo.. sí. ¡Sólo eso faltaba.. que no dudara!

—¿No miras que me atormentas?



--¿No miras que me matas?

La escena fué larga y penosa, llena de recriminaciones y sarcasmos, de exigencias y amenazas, hasta que Rita se echó á llorar á lágrima viva. Pero su llanto, en lugar de enternecerme, me irritó más.

— Por última vez, exclamé exaltado por la disputa. ¿Me das el brazalete?... ¿sí ó no?

--Repito que no puedo.

— Entonces, adiós, me marchó.

— No, no te vas, repuso con viveza deteniéndome por el brazo.

— ¡El brazalete!

--Por compasión.

— Es inútil... ¡el brazalete! ¡el brazalete!

Y como nada respondiese, lleno de cólera sacudí el brazo con violencia, me desprendí de su mano, y salí del aposento, precipitado y ciego.

### III

Fué de fiebre aquella noche. En un momento había cambiado el mundo para mí, y mi destino había recibido un choque espantoso. Lo que tenía por más seguro, lo

que me importaba más, lo que estaba arraigado en mi corazón con más profundas raíces, eso era lo que se me escapaba, lo que perdía, lo que me abandonaba. Rita faltaba de pronto en mi vida, se me iba de entre los brazos, se me evaporaba de sobre los labios, y en lugar de su gracia y gentileza, y de la dicha que me prometía, dejaba en mi espíritu un vacío hondo y negro.

Pasé las horas lóbregas, revolcándome en el lecho como en un potro, con el cerebro enardecido, con el corazón tocando á rebato, con la sangre embravecida en sus angostos canales y martilleándome las sienes.

¿Qué significaba aquél misterio? ¿Por qué Rita prefería todo á separarse del brazalete? ¿De quién le había recibido? ¿A quién se mantenía fiel y sumisa? La joya no debía provenir de sus padres, ni de algún deudo ó amigo, porque si así fuese, no hubiera tenido embarazo en darme. Callaba, y su silencio era transparente como el agua: pregonaba muy alto que el brazalete era una prenda de amor. ¡Prenda de amor y decía ella que me que-